

LA IDENTIDAD FENICIA OCCIDENTAL: MANIFESTACIONES MATERIALES DE UNA IDEOLOGÍA

ROCÍO ORDÓÑEZ FERNÁNDEZ
Universidad de Oviedo

Resumen:

Este artículo pretende estudiar los efectos que el contacto con las comunidades indígenas occidentales y los diversos orígenes de los orientales implicados tuvieron para la conformación de una identidad colonial característica para los colonos de origen fenicio asentados en el Mediterráneo Occidental. Se propone que esta identidad sería el reflejo de una ideología que trata de subrayar la independencia política gaditana frente al creciente poderío de Cartago.

Abstract:

This work pretends to study the effects that the contact with the Western indigenous communities and the different origins of the Eastern people involved had to the Phoenician settlers established in the Western Mediterranean at the time of forming their own colonial identity. It propose that this identity would be the reflection of an ideology that tries to emphasise the political independence of Gadir opposite to the growing power of Carthage.

En los últimos años, conceptos como el de aculturación e hibridación han llevado a nuevos planteamientos con respecto al sentimiento identitario de los colonos asentados en las costas hispanas. Lo cierto es que las tendencias postcolonialistas han provocado un creciente interés de la investigación por las consecuencias sociales del proceso colonizador, abriendo nuevos campos de estudio y aportando una visión renovada de las relaciones entre indígenas y colonos.

Sin embargo, también se ha tendido a dar una idea idealizada de la colonización fenicia. La ausencia de un carácter militarista y de una conquista efectiva del territorio por parte de los orientales llegados a Occidente ha servido para fortalecer una imagen de mutua colaboración y aprovechamiento, estableciéndose una relación de la que ambos grupos resultarían beneficiados. En última instancia, se ha considerado incluso que la convivencia entre ambos grupos daría lugar a una sociedad en la que los elementos autóctonos y foráneos se han confundido hasta formar parte de una misma comunidad. Sería éste el resultado de llevar el concepto de hibridación al extremo, hasta el punto de borrar la diversidad que implica el proceso colonial, un hecho que ya ha sido criticado (Dietler 2009:30). Con respecto al mantenimiento de la alteridad frente a los indígenas de las tierras occidentales nos hemos referido más ampliamente con anterioridad (Ordóñez 2012: 5-25), resaltando la importancia que la existencia de una conciencia de alteridad con respecto a los pobladores locales tendría para el estudio de las relaciones sociales y económicas entre ambas comunidades.

Cada vez más, los estudios de índole cultural ahondan en la cuestión de si la sociedad colonial, tras varios siglos establecidos en Occidente, puede ser

considerada aún como “fenicia”, si ha llegado a confundirse con la sociedad local de tal modo que forme parte ya de la comunidad tartesia o si ha desarrollado un carácter propio, fruto de la experiencia colonial. En todo caso, también cabe cuestionarse a qué nos referimos cuando definimos un ambiente cultural como fenicio, ya que puede llevarnos a eliminar las diferencias existentes entre los colonos de diversas procedencias que se asentarían en los territorios occidentales. El estudio de la identidad resulta un campo de alto interés para la investigación, pues en parte de ello dependen, en gran medida, las relaciones establecidas entre los pueblos en contacto.

Hay que tener en cuenta que el contacto con los indígenas de las diversas regiones mediterráneas conllevaría una evolución de algunas de las costumbres y formas de vida traídas por los colonos. Poco a poco, la sociedad colonial iría desarrollando rasgos propios que la diferenciarían de la que habían dejado en Oriente, conformándose una identidad colonial propia en la que se encuadrarían los modos de vida de los colonos asentados en Occidente. Es por ello que, bajo los presupuestos del Postcolonialismo, la sociedad colonial debe ser analizada primeramente en términos locales, más que como un proceso suprarregional (Van Dommelen 2002:142).

Por otra parte, dentro de la propia sociedad colonial podemos apreciar rasgos diferenciadores que nos hablan de una heterogeneidad de sus miembros. Durante décadas, la investigación tendió a ver la cultura fenicia colonial como un bloque homogéneo, valorando cualquier manifestación arqueológica diferente como parte de la cultura local orientalizante (Álvarez Martí-Aguilar y Ferrer Albelda 2009:171). Sólo en tiempos muy recientes se ha prestado mayor atención a las diversas identidades étnicas que podían agruparse dentro del conjunto de los colonos occidentales, a pesar de las dificultades que este tipo de estudios presentan al ocuparse de elementos que no siempre dejan rastro en el registro arqueológico.

En ese sentido, la reinterpretación que se ha hecho de algunos yacimientos calificados en su día de tartésicos, y que hoy han pasado a considerarse fenicios, ha permitido presentar un panorama mucho más rico, en el que existen diferentes manifestaciones culturales dentro de una misma sociedad colonial.

En ese sentido, Moscati marcó varios puntos que, en su opinión, permitían establecer una identidad fenicia: procedencia de una misma área geográfica, compartir la misma lengua y haber experimentado los mismos procesos histórico-culturales (Lancellotti y Xella 2004:115). Estos marcadores serían los que han permitido a los investigadores del Mediterráneo antiguo referirse a los fenicios como conjunto. No obstante, esta misma tendencia a agrupar bajo un título homogéneo las diversas identidades que se dieron cita en la empresa colonizadora fenicia, en base a unos pocos elementos comunes, hace que, más que sencillamente convertir esta etiqueta una categoría artificial útil para la investigación,

se haya tendido a aceptar realmente esa homogeneidad como un hecho, no como una construcción histórica.

Es por ello que hay que tener en cuenta que, ya en la propia Fenicia, no existía entre sus gentes conciencia de pertenecer a una misma nación. A pesar de los rasgos culturales que tenían en común, cada ciudad-estado fenicia conservaba una independencia política que se plasmaba en la conciencia identitaria de sus habitantes. Es sabido que fueron los griegos quienes observaron en los mercaderes procedentes de esta zona unos modos de vida comunes que les permitió agruparlos bajo el término griego de *phoiniké*, en referencia al color rojo de sus famosas telas tintadas.

No obstante, a pesar de la división política, los habitantes de las ciudades fenicias no dejarían de ser conscientes de los elementos culturales y sociales que tenían en común. Ello nos lleva a la existencia de un sentimiento de pertenencia supraestatal que no se relaciona con las divisiones políticas, la consideración de ser *cana'ani* o cananeos, que aparece en las cartas de Amarna y en la *Historia de Fenicia* de Sanchuniaton recogida por Filón de Biblos (López Castro 2004:156). Este sentimiento de pertenencia a una cultura común viajaría con las gentes fenicias hasta sus colonias occidentales. San Agustín nos relata, en una época tan tardía como los comienzos del siglo V d.C., que los campesinos de la región de Hipona aún se consideraban cananeos.

En parte, la consideración unitaria de la empresa colonial hunde sus raíces ya en época antigua. Ante la división política de Fenicia, los textos clásicos¹ resaltan el origen tiro de los fundadores de Gadir, presentándoles además como los primeros orientales en llegar a las costas de la Península Ibérica. Las investigaciones arqueológicas han tendido a reforzar la atribución de la empresa colonial a los tirios, observando los paralelismos que las cerámicas fenicias peninsulares más antiguas muestran con las de Tiro. No obstante, hay que señalar que los trabajos arqueológicos en Tiro han sido más intensos, mientras que es poco lo que conocemos de otras ciudades fenicias como Sidón (Mederos y Ruiz Cabrero 2011:87), lo que dificultaría identificar la presencia de sus ciudadanos en las colonias hispanas.

Partimos de la base de que Tiro, incluso contando con el resto de ciudades fenicias, difícilmente estaría dotada de un excedente de población lo suficientemente amplio como para dotar de habitantes a todas sus colonias mediterráneas. En ese sentido, Mederos Martín (2003-4:125) ha señalado la más que probable intervención de toda una serie de ciudades del litoral levantino y de Chipre que no quisieron perder su oportunidad en la gran aventura de la colonización de Occidente. Las circunstancias políticas de Oriente y el nuevo mundo de oportunidades que se abría en las colonias debieron servir de acicate para que una amplia diversidad de gentes orientales decidiese unirse a la empresa fenicia.

¹ Fundamentalmente Estrabón (III, 1, 5), Veleyo Patérculo (*Hist. Rom.* I, 2, 3) y Pomponio Mela (III, 6, 46).

Algunos autores han señalado, a la vista de los nuevos hallazgos que retrotraen la presencia fenicia en Huelva hasta finales del siglo X a.C. (González de Canales, Serrano y Llompart 2004:197; 2008:642), que el predominio tirio para esta época no está tan claro y que, por tanto, el papel de otras ciudades fenicias como Sidón debió ser mucho mayor en las primeras navegaciones hacia Occidente (Mederos y Ruiz Cabrero 2011:88). También se ha señalado el papel que el comercio del Mediterráneo oriental tendrían las ciudades filisteas, e incluso se ha llegado a señalar que colonias como Gadir o Lixus serían fundaciones filisteas que Tiro conquistaría militarmente a lo largo del siglo VII a.C. (Garbini 2001:42-43). Si bien no comparamos esta afirmación, sí da una idea de las nuevas líneas abiertas en los estudios sobre la identidad del elemento colonial fenicio.

Existen diferencias en materiales como las cerámicas o incluso en los tipos de enterramiento en las que determinados autores, como Alvar (1999b:384), se apoyaron para proponer un origen de determinados sectores de la comunidad colonial en el Norte de Siria y Chipre. En general, y a medida que se va profundizando en este tipo de estudios, se tiende a aceptar que, independientemente del papel impulsor que tradicionalmente se le otorga a Tiro, la aventura colonial fenicia contó con la colaboración de otras ciudades de su entorno, llegando a compararse esta empresa conjunta con la llevada a cabo por las colonias griegas en la Magna Grecia (Almagro Gorbea 2005:24). Se ha apuntado que, frente al carácter más fenicio continental de asentamientos como Morro de Mezquitilla o Chorreras, Toscanos presenta algunos materiales, en particular cerámicas pintadas, que parecen señalar a un origen chipriota de sus habitantes (Negueruela 1979-80:350). La investigación ha tendido a destacar el elemento chipriota como parte fundamental de la empresa colonial, algo que no carece de fundamento si tenemos en cuenta que la isla sería la cabeza de puente para la expansión hacia el resto del Mediterráneo.

Más difícil aún parece relacionar los testimonios arqueológicos de los yacimientos occidentales con las diferentes ciudades-estado fenicias. En algunos casos se ha recurrido a la toponimia para apuntar uno u otro origen (Lipinski 1984). Es el caso de Asido, la actual Medina Sidonia, cerca del Castillo de Doña Blanca² y Cádiz, en cuyo topónimo se ha querido ver un origen sidonio de sus habitantes (Escacena, Montañés, Ladrón de Guevara y Perdigones 1994:190 y ss.). Su fundación, en la primera mitad del siglo VII a.C., coincide con los años posteriores al cerco a Sidón del monarca asirio Senaquerib (705-681 a.C.), lo que explicaría un exceso de refugiados sidonios que quizás hubieran podido

² Se ha llegado a proponer que el antiguo solar de Asido sería el propio asentamiento del Castillo de Doña Blanca, a la vista de algunos restos que apuntarían hacia el culto a Eshmun, y que su población se trasladaría a Medina Sidonia tras los sucesos bélicos de la Segunda Guerra Púnica (Mederos y Ruiz Cabrero 2011:89-92). Estos autores refuerzan así su teoría de que Gadir no pudo ser fundada por los tirios en las fechas dadas por los autores clásicos (ca. 1103 a.C.), ya que por entonces sería Sidón la ciudad hegemónica en Fenicia (*op. cit.*: 97).

refugiarse en Occidente, pero lo cierto es que los materiales hallados son demasiado escasos como para asegurar la presencia fenicia en el poblado.

En el caso de Sidón hemos de tener en cuenta que esta ciudad compartió con Tiro varios avatares políticos, llegando a tener incluso una monarquía conjunta a partir de Itobaal I (887-856 a.C.). Lo cierto es que Sidón sufrió más presión militar de Asiria, llegando a ser atacada en varias ocasiones. En esas circunstancias, parte de la población sidonia buscaría refugio en otras ciudades fenicias, entre las cuales Tiro sería una elección preferente por su importancia y por las estrechas relaciones políticas que en algunos momentos de su Historia mantuvo con Sidón.

Al respecto, hay que señalar que existe un pasaje de Justino (XVIII, 3, 5) en el que informa de que Tiro había sido fundada por los sidonios un año antes de la caída de Troya. Evidentemente, esta noticia no se refiere a una auténtica fundación, aunque en época de Justino los avatares históricos de Tiro ya se encontrarían muy desdibujados, sino a una refundación tras un posible saqueo que algunos autores han querido relacionar con posibles ataques de los Pueblos del Mar. Lo cierto es que Tiro no ha ofrecido niveles de destrucción para ese período, lo que ha llevado a Tsirkin (1998:180) a interpretar este texto como testimonio de una presencia de refugiados sidonios en Tiro, que con el tiempo sería recordada como una refundación de la ciudad. De ser esto así, nos encontraríamos ante la huella que en un texto muy posterior dejó una de estas oleadas de refugiados sidonios, cuyo recuerdo posiblemente se debiera a la dimensiones de esta inmigración.

En nuestra opinión, estos refugiados sidonios en Tiro serían con seguridad un porcentaje importante de los emigrantes que buscarían un futuro mejor en las colonias occidentales, dado que Tiro no tendría la capacidad de mantener estos aportes poblacionales de otras ciudades en su propio territorio, tanto por las dimensiones de la propia ciudad, que en este período se encuentra reducida al territorio insular, como por lo reducido de su hinterland, que impediría el desarrollo de una agricultura a gran escala.

Por otra parte, y aunque su pista es aún más difícil de localizar, no hemos de excluir la posible presencia, aunque a menor escala, de personajes procedentes de otras ciudades orientales no fenicias. A este respecto, conocemos por los textos bíblicos las empresas comerciales conjuntas que Tiro e Israel llevaron a cabo. Si los fenicios aprovecharon estas aventuras comerciales como plataforma para la fundación de colonias, no tendría sentido excluir a los personajes hebreos que podrían haberles acompañado en la empresa y decidir del mismo modo permanecer en Occidente.

Del mismo modo, aquellos pueblos que mantuvieran relaciones cordiales con las ciudades fenicias podrían generar cierto movimiento migratorio hacia ellas, dependiendo de las circunstancias políticas y económicas de sus lugares de origen, y en última instancia parte de esos inmigrantes podrían haber decidi-

do emprender la aventura colonial, de igual manera que los refugiados sidonios. En ese sentido, se ha señalado la presencia de antropónimos de raíz hebrea, filisteo y moabita en grafitos aparecidos en Mogador (López Pardo y Mederos 2008:309-311). De todas formas, la huella arqueológica de la posible presencia de estos orientales no fenicios es muy débil, de lo que hemos de inferir que su número no fue grande y que sus costumbres tendieron a diluirse en el tejido dominante de creencias e ideologías comunes a los habitantes de la región fenicia. En todo caso, serían necesarios análisis más profundos del material arqueológico para poder establecer conclusiones firmes sobre este tema.

Así pues, a pesar del papel de Tiro como impulsor estatal de la colonización, a la hora de analizar la sociedad colonial occidental debe tenerse en cuenta que el colectivo humano que formaría parte de esa empresa procedería en muchos casos de otras ciudades del entorno fenicio, y quizás incluso de otros ámbitos de Oriente Próximo. En ese sentido, hay que destacar que la presencia de enclaves fenicios distribuidos por todo el Mediterráneo supondría posiblemente la existencia de una “población volante”, que acabaría llegando a las colonias occidentales desde otras situadas en el Mediterráneo central y oriental. Estaríamos hablando de personajes de origen oriental, pero portadores ya de su propia cultura colonial generada en los diferentes enclaves fenicios del Mediterráneo. La cultura colonial, como hemos visto, tiende a alejarse progresivamente de la cultura de la metrópolis al seguir una evolución diferente. Estos orientales procedentes de otros lugares del Mediterráneo tendrían la misma base cultural, pero añadirían características propias acuñadas en sus respectivos entornos coloniales.

Del mismo modo que ya hemos destacado el papel que los fenicios de Chipre parecen haber tenido en la colonización de Occidente, a la vista de determinados rasgos culturales y artísticos que son propios de esta isla y que no encontramos en la metrópolis que parecen haber ejercido cierta influencia en la cultura de los fenicios occidentales, es muy posible que gentes de origen fenicio, pero procedentes de otros entornos coloniales del Mediterráneo, acabaran por formar parte de la población de las colonias occidentales.

Se ha señalado la presencia de cerámicas de origen sardo e itálico entre los restos más antiguos hallados en la ciudad de Huelva (González de Canales, Serrano y Llompart 2006:13-29), lo que nos muestra que las relaciones entre los diversos sectores coloniales del ámbito fenicio tienen su origen en épocas muy tempranas de la colonización. Es probable que, junto con el tráfico de objetos, también existiera un movimiento de población que implicaría que algunos habitantes de las colonias centromediterránea acabaran instalándose en los enclaves occidentales, si las oportunidades de negocio así lo requerían. En definitiva, nos encontramos ante un panorama en el que las colonias del Mediterráneo occidental no sólo contarían con la presencia de personajes orientales de muy diversas procedencias, sino también con gentes cuya herencia cultural proviene de otros ámbitos coloniales de raíz fenicia.

A toda esta diversidad étnica y cultural hay que sumar la diversidad social de los individuos asentados en las colonias occidentales. Historias como la de Elisa y la arqueología nos muestran la presencia de personajes de alto rango social al frente de la aventura colonial, quienes ocuparían los principales cargos políticos y religiosos en las nuevas ciudades. Como se ha señalado para el caso de Cartago, sólo una clase aristocrática sería capaz de desplegar la dinámica política necesaria para la evolución y expansión de la ciudad (Niemeyer 1989:29).

Pero no todos aquellos llegados al lejano Occidente serían aquellos «príncipes mercaderes» de los que hablaba Isaías. Como ha señalado López Castro (2005:406), la colonización fenicia reproduciría una sociedad de clases oriental encabezada por personajes de rango aristocrático. Así pues, junto a los dirigentes de las primeras exploraciones, representantes del Estado tirio y encargados de organizar la empresa colonial en torno a la autoridad del templo, también viajarían artesanos, mercaderes privados procedentes tanto de la metrópolis como de otras zonas del mundo colonial, campesinos y, en general, otro tipo de gentes dispuestas a buscar una oportunidad en las nuevas tierras. Con el tiempo esta situación se mantendría, y las colonias se convertirían en un destino deseable para refugiados de otras ciudades orientales y campesinos acuciados por la escasez de tierras.

El estudio de las diferencias sociales dentro de las colonias fenicias no está exento de dificultades, sobre todo si tenemos en cuenta que las necrópolis coloniales, la principal fuente de información sobre diferenciación social, no representan a la totalidad de la población, aunque tal hecho representa en sí mismo un factor de estatus. Dado que no todos los habitantes de un asentamiento parecen tener cabida en la necrópolis correspondiente, hemos de suponer que el derecho a disponer de un espacio de enterramiento quedaba limitado a algunas familias por razones de rango económico o social.

Sí se han podido apreciar diferencias arquitectónicas entre las viviendas de algunos centros fenicios como Toscanos, donde algunas residencias destacan por su tamaño y calidad frente a otras, caso del edificio H, o la perfecta planificación urbana de Morro de Mezquitilla frente a otros enclaves. Por otra parte, hay que tener en cuenta que no todos los personajes de alto rango llegados a Occidente serían aristócratas provenientes de Tiro, sino que es posible que las colonias se convirtieran en una alternativa válida también para las élites de otras ciudades orientales que podrían sufrir problemas, ya de índole política o militar, en sus lugares de origen (Álvarez Martí-Aguilar y Ferrer Albelda 2009:193). Es por ello que es posible apreciar diferencias en la cultura material, particularmente en las necrópolis, entre los objetos de lujo vinculados a unos asentamientos u otros.

En parte se puede observar una diferencia de estatus entre unas colonias y otras, en base a la presencia de edificios significativos y una buena distribución urbana. Las más antiguas suelen presentar en general zonas residenciales bien planificadas, ya que sería en ellas donde se asentarían desde un comienzo las

clases dirigentes de la sociedad colonial. Por el contrario, los habitantes de enclaves de fundación más reciente, destinados a abrir nuevas rutas y situados en zonas alejadas del centro neurálgico que supone el Sur de Andalucía, serían gente de una extracción social inferior. No apreciamos artículos de lujo entre los habitantes del enclave estacional de Mogador ni entre los fundadores de Sa Caleta, cuya escasa planificación urbana y sus viviendas de pequeño tamaño (González Wagner 2005:158) encajan bien con la idea de un centro de avanzadilla para la expansión comercial. En estos centros no llegarían a asentarse los miembros de las élites coloniales, que residirían en enclaves de mayor tamaño e importancia económica.

Así pues, nos encontramos que los colonos llegados a la Península Ibérica no componían una sociedad homogénea, por lo que la identidad “fenicia” (un término acuñado por el pueblo griego, pero no asumido directamente por los habitantes de las ciudades-estado fenicias) de los colonos llegados a Occidente ya es bastante discutible. No obstante, hemos visto también cómo los fenicios adquieren cierta unidad bajo el nombre de «cananeos», y cómo en una información tan tardía como la de san Agustín ese sentimiento de pertenencia a la cultura cananea sigue presente. A pesar del tiempo transcurrido, determinados sectores de la población tienen conciencia de tener un origen oriental que los diferencia del resto de la población.

En este sentido, podríamos hablar de una “identidad colonial”, asumida por aquellos elementos foráneos que llegan desde el otro extremo del Mediterráneo. Independientemente de los diversos orígenes que pudieran tener en Oriente, una vez asentados en Occidente creemos que hubieron de asumir una nueva identidad conjunta, frente a los indígenas de los territorios en que se establecen. Esta nueva cultura se originará a partir de las desviaciones que sufre su cultura original en el proceso de reproducción de la cultura foránea llevada a cabo por los indígenas (Van Dommelen 1997:309). Así pues, la cultura colonial se origina mediante un proceso de hibridación por el cual la cultura indígena también ejerce cierta influencia sobre los colonizadores, tras recibir a su vez los elementos propios de la orientalización. Esta cultura adoptada por los colonos occidentales compondría la identidad colonial, basada en creencias, elementos culturales y modos de vida semejantes y, sobre todo, en el sentimiento de alteridad respecto a las gentes occidentales.

Como decimos, en este contexto entra en acción el fenómeno de hibridación. Los colonos orientales asumirán algunos elementos propios de las sociedades occidentales, del mismo modo que los indígenas experimentaron una evolución en la que se incorporaron muchos elementos orientales que, tras ser reelaborados, son de nuevo transmitidos a la cultura de los colonos, en lo que podría considerarse incluso un ciclo de retroalimentación cultural. La sociedad colonial seguirá así un rumbo cultural y social diferente al de sus metrópolis, cuyo resultado sería la conformación de esa identidad colonial. Cuando nos

referimos a «fenicios occidentales», estamos hablando de los colonos occidentales que comparten esta identidad. Una identidad que, por otra parte, es percibida por otros pueblos y en etapas mucho más recientes, como queda en evidencia cuando Diodoro de Sicilia y Estrabón se refieren a los habitantes de las antiguas colonias peninsulares como “fenicios” en vez de “púnicos”, estableciendo una diferenciación con los habitantes de Cartago y sus ciudades asociadas en el Mediterráneo central³ (López Castro 2004:154).

La cultura colonial es una cultura netamente mediterránea, que difícilmente podemos identificar con ese “Oriente” artificial y arquetípico en el que se ha querido encajar todo lo relacionado con el mundo fenicio (Purcell 2006:26). Así pues, se trata de un fenómeno nacido en el mundo colonial, que no tiene nada que ver con una “identidad tiria” que no sería compartida por gran parte de los fenicios occidentales, sino con los elementos comunes que los colonos comparten y desarrollan de manera conjunta más allá de su diversidad étnica y cultural interna, que en muchos aspectos seguiría presente, como demuestran las diferentes costumbres funerarias o elementos de cultura material.

El hecho de que Gadir tuviera un papel preponderante en el círculo fenicio no implica, además, que el resto de las colonias fenicias que alcanzan unas ciertas dimensiones urbanas y albergan una comunidad ciudadana importante no desarrollaran una identidad propia que uniría a sus habitantes mediante el sentimiento de pertenencia a su propia ciudad (Álvarez Martí-Aguilar y Ferrer Albelda 2009:190-191). El orgullo ciudadano, presente en las ciudades-estado fenicias, debió tener su traslación en el mundo colonial, y sería incrementado en el período posterior con el mayor desarrollo del fenómeno urbano, todo ello bajo el trasfondo común que supondría esa “identidad colonial” compartida por todos los fenicios occidentales y para la que es especialmente revelador el pasaje de Pomponio Mela (II, 96), natural de Tingentera, en que se define a sí mismo y a su comunidad de origen como fenicios, no como púnicos (López Castro 2004:158-159), en una reivindicación del pasado más remoto de los fenicios occidentales frente a la ocupación cartaginesa.

Esto nos lleva a preguntarnos sobre las consecuencias que esta conciencia identitaria presente en Occidente tendría con respecto a las colonias fenicias del Mediterráneo Central, y en particular en relación a Cartago, que desde el siglo VI a.C. irá aumentando su importancia política y económica, y extendiendo su influencia por todo su entorno.

En ese sentido, se ha señalado que sería a partir del siglo VI a.C. cuando se construye el discurso ideológico que legitima el rol dirigente de Gadir sobre el resto de las comunidades fenicias de Occidente, apoyándose en una “identidad

³ Aunque, como el propio López Castro indica a continuación (2004:155-156), ésta no es la posición normal de los historiadores en época romana, que tienden a tratar a todos los pueblos de origen semita como “púnicos”, con toda la carga negativa que el término conlleva en este periodo, como una manera de unificar a los no romanos.

tiria” común que no habría existido como tal en la etapa arcaica (Álvarez Martí-Aguilar y Ferrer Albelda 2009:191) y que se manifestaría en la construcción de los mitos sobre el origen de la ciudad, en los que Melkart⁴, como divinidad principal de Gadir y de Tiro, tiene un papel principal.

Eso sí, esto no debe llevarnos a considerar una hegemonía cultural gaditana sobre todas las ciudades fenicias del ámbito occidental. Como hemos visto en páginas anteriores, la comunidad “fenicia” occidental suponía un crisol de diferentes identidades orientales que tienen en común la identidad colonial que surge a raíz de su experiencia en Occidente. En ese sentido Ferrer Albelda (2011:203) nos recuerda que no existió una única identidad fenicia en Iberia centralizada en Gadir. De hecho, frente al conservadurismo apreciado en el sector occidental, las ciudades de la costa mediterránea andaluza se mostraron mucho más permeables a las nuevas influencias culturales llegadas desde el Mediterráneo central. Precisamente, la reorganización económica y demográfica que se ha relacionado con la tradicionalmente llamada crisis del siglo VI afecta principalmente a los centros de la costa mediterránea, que serán también los que posteriormente se mostrarán más abiertos a las influencias cartaginesas.

Cartago, que en su momento habría comenzado su andadura como una colonia fenicia más, pronto desarrollaría un carácter propio producto de las características especiales que suponía su localización. De mano, las relaciones entre la colonia y las comunidades indígenas que la rodeaban no parecen haber estado marcadas por la reciprocidad comercial que vemos en el área tartésica (Acquaro 1999:34). Estas relaciones quedan reflejadas en la historia de Dido, en la que incluso se habla del pago de un tributo por parte de Cartago a las poblaciones de la zona para hacer un uso agrícola del territorio. Como consecuencia, durante los dos primeros siglos de su Historia, el aprovisionamiento de Cartago parece depender fundamentalmente de la importación de productos agrarios (Mansel 2011:70), en base a la numerosa presencia de cerámicas de transporte procedentes de otros centros mediterráneos. Esta temprana vocación hacia el comercio marítimo derivaría en la consolidación de una poderosa clase dirigente y en el nacimiento de lo que posteriormente sería la poderosa flota púnica. Llegado el siglo VI a.C., ambos factores permitirán a Cartago expandirse por los antiguos territorios colonizados de Sicilia y Cerdeña, así como por el Norte de África.

Del mismo modo, a partir de esa época observamos transformaciones culturales en los centros mediterráneos de la Península Ibérica, tales como el cambio de cremación a inhumación, presencia de nuevos tipos cerámicos o aparición de elementos típicos de los ajuares púnicos, que parecen hablarnos de la integración en estos asentamientos de elementos libiofenicios de tradición cultural cartaginesa. En ese sentido, Avieno (*O.M.* 419-422) recoge el término ya

⁴ La continuidad del culto a Melkart, que no se encontraba entre las principales divinidades del panteón cartaginés, como dios principal sería otro de los componentes de esa identidad tiria construida desde Gadir (López Castro 2004:161).

utilizado por Tito Livio (XXI, 22) para referirse a la presencia de gentes libiofenicias asentadas en el territorio vecinos de los massienos. Destaca en ese aspecto Ibiza, que sería poco a poco incluida por Cartago en el circuito comercial que estaba creando entre las islas mediterráneas. Los hipogeos de Puig des Molins, las sepulturas de la calle Santa María de Ibiza (Gurrea y Ramón 2000:1558-1563) y el santuario de Illa Plana testimoniarían esta presencia púnica.

En este contexto se enmarcarían las teorías que hacen de la intervención armada de Cartago la causa del fin de Tartessos y el sometimiento de Gadir a la esfera púnica, basadas en textos tardíos y bastante confusos de Pompeyo Trogo (compilado por Justino: XLIV, 5. 1-3) y Macrobio (*Sat.* I, 20, 12). Estas propuestas tienden a ver la plasmación de ese poder imperialista de Cartago en el famoso tratado con Roma del 509 a.C., del cual sólo tenemos noticia en las citas de algunos autores clásicos: Tito Livio (VII, 27, 2), Polibio (I, 22, 23) y Diodoro de Sicilia (XVI, 69). En él, se efectuaría una división del espacio mediterráneo entre ambas potencias que daría como resultado el cierre de la ruta marítima del Estrecho a los navíos no vinculados a Cartago. No obstante, el hecho de que este cierre no parece haber sido tal, en base a la notable presencia de materiales griegos a partir de la segunda mitad del siglo V a.C., y de que sólo se haga referencia a hitos geográficos norteafricanos, hace que actualmente se tienda a ver la prohibición de navegación limitada a algunos sectores del Norte de África directamente dependientes de Cartago (Alvar, Martínez Maza y Romero 1992:50), dejando fuera a las costas peninsulares.

Esta interpretación niega el control político de Cartago sobre la Península Ibérica en el siglo VI a.C., y sitúa a Cartago en una posición de garante del comercio, estipulando las condiciones para que los intercambios se lleven a cabo sin incidencias (Plácido, Alvar y González Wagner 1991: 306-307), de un modo semejante al que antes desempeñaba el representante del poder tirio en el territorio colonial, fruto de su creciente papel económico en el mundo mediterráneo. No será hasta época mucho más tardía, bajo los Barca, cuando esa preponderancia económica se convierta en un imperialismo directo con la ocupación de territorios en el Sudeste hispano.

Así pues, en este período Gadir sigue existiendo como unidad política independiente del poder púnico. Esta independencia política de Cartago se manifiesta también en la cultura material, caracterizada por cierto conservadurismo. Aunque los restos de necrópolis hallados en Cádiz para estas fechas son escasos, parece que el rito incinerador se mantuvo durante un siglo más, hasta comienzos del siglo V a.C. Del mismo modo, junto a los *ustrina*, se ha constatado la presencia de pozos donde se enterrarían los restos de los banquetes funerarios, así como construcciones relacionadas con un posible uso ritual del agua, de los que puede deducirse una continuidad de los ritos funerarios practicados en época arcaica (Niveau de Villedary 2008: 95-100).

También puede hablarse de un arcaísmo en los restos cerámicos. En general, parece que las formas cerámicas de este período recuperan tendencias de los siglos anteriores, como la forma globular de las panzas de los vasos (Martín Ruiz 2007: 210). Por lo que respecta a los platos, atendiendo a los índices de Schubart (2002-2003), el ancho de los bordes se mantiene en parámetros propios de los siglos anteriores en la costa atlántica de Andalucía. Si bien la permanencia de los bordes estrechos no excluye la presencia de los más modernos platos de borde ancho, no podemos dejar de señalar que esta pervivencia de los tipos arcaicos no se da en otras zonas, a excepción del mundo indígena del área tartésica (Schubart 2002-2003: 57), claramente vinculada a la esfera onubense-gaditana.

No obstante, otras zonas que parecen depender culturalmente de Gadir, como es el caso de la costa portuguesa (Arruda 2011: 152), sí van evolucionando hacia un progresivo aumento de la anchura de los bordes. Así pues, esta insistencia de la zona gaditana-onubense por mantener las formas de borde estrecho parece una tendencia muy limitada en el espacio. Gadir no permanece ajena a las nuevas tendencias pero, aunque pueda haber presentes platos de ese tipo, manifiesta una predilección por el mantenimiento de los bordes estrechos que no se aprecia en otras zonas. Por tanto, dado que los bordes anchos son comunes tanto en el Eje como en el Oeste de la Península Ibérica, este gusto particular de los gaditanos por las formas arcaicas parece más bien la manifestación material de toda una ideología que trata de vincularse al pasado más antiguo de las colonias y al origen oriental de sus ciudadanos.

De todas formas, y aunque Gadir sigue siendo, en nuestra opinión, centro del entramado económico organizado en torno al Círculo del Estrecho, no podemos hablar de un estado gaditano con poder político sobre el resto de asentamientos. La cultura gaditana es la suya propia, como ciudad-Estado que se jactaba de ser la más antigua de Occidente. La construcción de una identidad común para toda la comunidad fenicia occidental es más bien una estrategia política para remarcar la alteridad del entorno fenicio occidental respecto al mundo centromediterráneo integrado en la esfera cartaginesa. El éxito de esta construcción identitaria se apreciaría en la circunstancia, que veíamos en páginas anteriores, de que tanto Diodoro como Estrabón continúan llamado “fenicios” a los habitantes de esta zona, en clara contraposición al término “púnicos” que utilizan para los ciudadanos de las antiguas colonias del Mediterráneo central y Cartago (López Castro 2004:154). En este sentido, se ha querido ver en la obra de Pomponio Mela el reflejo de la ideología de un fenicio occidental, orgulloso de su pasado y portador de una identidad que lo vincula al mundo de las colonias occidentales y no al entorno cartaginés, en un contexto romano en el que muchas comunidades conservan aún sus identidades fenicias o púnicas (Batty 2000:90).

De nuevo López Castro (2004:161) resalta la existencia de una particularidad lingüística de Gadir respecto a otras antiguas colonias fenicias, en base a los rasgos arcaicos detectados en la transcripción al latín de algunos nombres semi-

tas del área gaditana, algo que podríamos vincular con la recuperación de las características tradicionales de la identidad fenicia occidental. Sería una muestra más de ese reforzamiento de la vinculación de Gadir a los orígenes de la colonización de Occidente.

Un último signo de esta independencia de Gadir, como cabeza del Círculo del Estrecho, se ha querido ver en reinterpretaciones más recientes del tratado romano-cartaginés del 348 a.C. En él, aparece como una de las partes firmantes el conjunto formado por «el pueblo de los cartagineses, el de los tirios, el de Útica y sus aliados». Se ha interpretado que el gentilicio “tirios” en el tratado haría referencia a los habitantes de las antiguas colonias fenicias, tradicionalmente de fundación Tiro, y que su presencia se debería a que, para entonces, la hegemonía de Cartago ya sería un hecho, por lo que se erigiría como representante de estos pueblos, aliados, pero ya sometidos políticamente a las decisiones de la ciudad norteafricana (López Castro 1991:79).

No obstante, como decíamos, más recientemente se ha reinterpretado este texto, al considerar que el propio hecho de citar a las diferentes partes (por la parte romana sólo se nombra a «Roma y sus aliados») las sitúa en un plano de igualdad dentro de la alianza, con lo que se reconocería la independencia política y económica de Gadir, como cabeza del Mediterráneo occidental (Niveau de Villedary y Vallejo 2000:335). En definitiva, el Círculo del Estrecho seguiría en vigencia como entidad política y económica, libre para aliarse con Cartago en beneficio de los intereses comunes de ambas partes, pero independiente de ésta.

Podemos deducir, a resultas de todo lo expuesto, que la cultura material del entorno gaditano es el reflejo de una identidad característica generada en las colonias de este territorio y que se verá reforzada a partir del siglo VI a.C., como respuesta a las cambiantes circunstancias políticas y económicas del Mediterráneo.

BIBLIOGRAFÍA

- ACQUARO, E. (1999): «Los fenicios en el Mediterráneo Central en la época de Tarteso», en ALVAR, J. y BLÁZQUEZ, J.M^a. (eds.): *Los enigmas de Tarteso*. Madrid. 31-37.
- ALMAGRO GORBEA, M. (2005): «Iconografía fenicia y mitología tartésica. El influjo fenicio en las creencias de Tartessos», en ACQUARO, E. y SAVIO, G. (eds.): *Studi iconografici nel Mediterraneo antico: iconologia ed aspetti materici*. Sarzana. 11-64.
- ALVAR EZQUERRA, J. (1999): «Los fenicios en Occidente», en BLÁZQUEZ, J.M^a., ALVAR, J. y GONZÁLEZ WAGNER, C. (eds.): *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*. Madrid. 313-450.
- ALVAR EZQUERRA, J., MARTÍNEZ MAZA, C. y ROMERO, M. (1992): «La (supuesta) participación de Cartago en el fin de Tarteso», en *Habis* 23. Sevilla. 39-52.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. y FERRER ALBELDA, E. (2009): «Identidad e identidades entre los fenicios de la Península Ibérica en el periodo colonial», en WULFF

- ALONSO, F. y ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (eds.): *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*. Málaga. 165-204.
- ARRUDA, A.M. (2011): «Indígenas, fenicios y tartésicos en el occidente peninsular: mucha gente, poca tierra», en ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (ed.): *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. Oxford. 151-160.
- BATTY, R. (2000): «Mela's Phoenician Geography», en *The Journal of Roman Studies* 90. Londres. 70-94.
- DIETLER, M. (2009): «Colonial encounters in Iberia and the Western Mediterranean: An Exploratory Framework», en DIETLER, M. y LÓPEZ-RUIZ, C.: *Colonial Encounters in Ancient Iberia. Phoenician, Greek and Indigenous Relations*. Chicago. 3-48.
- ESCACENA CARRASCO, J.L., MONTAÑÉS, S., LADRÓN DE GUEVARA, I. y PERDIGONES, L. (1994): «De la fundación de Asido», en *Spal* 3. Sevilla. 179-207.
- FERRER ALBELDA, E. (2011): «Unidad y diversidad de los fenicios en el periodo postcolonial (I): la visión exoétnica», en ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (ed.): *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. Oxford. 193-212.
- GARBINI, G. (2001): «Nouvelles perspectives sur la plus ancienne présence orientale dans la Péninsule Ibérique», en *Os punicos no Extremo Occidente*. Lisboa. 39-45.
- GÓNZALEZ DE CANALES, F., SERRANO, L. y LLOMPART, J. (2004): *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*. Madrid.
- (2006): «The Pre-colonial Phoenician Emporium of Huelva ca. 900-770 BC», en *Bulletin Antieke Beschaving (BABesch)* 81. 25-41.
 - GONZÁLEZ WAGNER, C. (2005): «Consideraciones sobre un nuevo modelo colonial fenicio», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, F.J. (eds.): *El periodo orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen I. Mérida. 149-165.
- GURREA BARRICARTE, R. y RAMÓN TORRES, J. (2000): «Excavaciones arqueológicas en la acrópolis de Eivissa (calle de Santa María). El horizonte arcaico», en AUBET, M^a E. y BARTHÉLEMY, M. (eds.): *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos (Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995)*, tomo IV. Cádiz. 1555-1579.
- LANCELLOTTI, M^a G. y XELLA, P. (2004): «Los fenicios y los otros», en MARCO, F., PINA, F. y REMESAL, J. (eds.): *Vivir en tierra extraña: emigración e integración cultural en el mundo antiguo. Actas del Coloquio de Historia Antigua de la Universidad de Zaragoza. Instrumenta* 16. Barcelona. 113-123.
- LIPINSKI, E. (1984): «Vestiges phéniciens d'Andalousie», en *Orientalia Lovaniensia Periodica* 15. Leuven. 81-132.
- LÓPEZ CASTRO, J.L. (1991): «Cartago y la Península Ibérica: ¿imperialismo o hegemonía?», en *La caída de Tiro y el auge de Cartago. V Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica (Ibiza, 1990). Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera* 25. Ibiza. 73-86.
- (2004): «La identidad étnica de los fenicios occidentales», en CRUZ ANDREOTTI, G. y MORA SERRANO, B. (eds.): *Identidades étnicas – identidades políticas en el mundo prerromano hispano*. Málaga. 147-167.
 - (2005): «Aristocracia fenicia y aristocracias autóctonas. Relaciones de intercambio», en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, F.J. (eds.): *El periodo orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, volumen I. Mérida. 405-421.

- LÓPEZ PARDO, F. y MEDEROS MARTÍN, A. (2008): *La factoría fenicia de la isla de Mogador y los pueblos del Atlas*. Tenerife.
- MANSEL, K. (2011): «Cartago y la Península Ibérica en los siglos VIII-VI a.C.», en ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (ed.): *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. Oxford. 69-85.
- MARTÍN RUIZ, J.A. (2007): *La crisis del siglo VI en los asentamientos fenicios de Andalucía*. Málaga.
- MEDEROS MARTÍN, A. (2003-2004): «Una colonización competitiva. *TKR, MŠWŠ* y las tradiciones de fundación de Massia (Murcia) y Sexi (Granada)», en *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia* 19-20. Murcia. 123-142.
- MEDEROS MARTÍN, A. y RUIZ CABRERO, L.A. (2011): «Sidón en Occidente. El Castillo de Doña Blanca, Asido y Gadir», en ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR M. (ed.): *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. Oxford. 87-117.
- NEGUERUELA MARTÍNEZ, I. (1970-80): «Sobre la cerámica de engobe rojo en España», en *Habis* 10-11. Sevilla. 335-360.
- NIEMEYER, H.G. (1989): «Los comienzos de Cartago y la expansión fenicia en el área mediterránea», en *Gerión* 7. Madrid. 11-40.
- NIVEAU DE VILLEDARY, A.M^a. (2008): «Estado de la cuestión y nuevas perspectivas de la arqueología púnica en la Península Ibérica: el caso de la Bahía de Cadiz», en *Nuevas perspectivas II: La arqueología fenicia y púnica en la Península Ibérica. Cuadernos de Arqueología Mediterránea* 18. Barcelona. 81-127.
- NIVEAU DE VILLEDARY, A.M^a. y VALLEJO, J.I. (2000): «Evolución y estructura del comercio gaditano en época púnica. Un avance a partir de la documentación arqueológica. I (ss. VI-IV A.N.E.)», en *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo: actas del I Coloquio del CEFYP. Madrid, 9-12 Noviembre, 1998*. Madrid. 313-338.
- ORDÓÑEZ FERNÁNDEZ, R. (2012): «Identidad y conflicto en el mundo fenicio peninsular», en *Herakleion* 5, 5-25.
- PLÁCIDO SUÁREZ, D., ALVAR EZQUERRA, J. y GONZÁLEZ WAGNER, C. (1991): *La formación de los Estados en el Mediterráneo Occidental*. Madrid.
- PURCELL, N. (2006): «Orientalizing: Five historical questions», en RIVA, C. y VELLA, N.C. (eds.): *Debating Orientalization. Multidisciplinary approaches to change in the Ancient Mediterranean*. Londres. 21-30.
- SCHUBART, H. (2002-2003): «Platos fenicios de Occidente», en *Lucentum* XXI-XXII. Alicante. 45-61.
- TSIRKIN, J.B. (1998): «The Tyrian power and her Disintegration», en *Rivista di Studi Fenici* XXVI(2). Roma. 175-190.
- VAN DOMMELEN, P. (1997): «Colonial constructs: Colonialism and Archaeology in the Mediterranean», en *Culture Contact and Colonialism, World Archaeology* 28, n^o3. Londres. 305-323.
- (2002): «Ambiguous matters: Colonialism and local identities in Punic Sardinia», en LYONS, C.L. y PAPADOPOULOS, J.K. (eds.): *The Archaeology of Colonialism*. Los Angeles. 121-147.